



LA ÚLTIMA
GUARIDA DE

HITLER

Mito y realidad sobre la muerte
del Führer

La última guarida de Hitler

© Julio B. Mutti, 2026

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Paragones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño: María Florencia Videla

Fotografías de tapa:

Hitler: murathakanart/Shutterstock.com

Fondo: Berlin, Garten der zerstörte Reichskanzlei /Wikipedia

1ª edición: marzo de 2025

2ª edición: enero de 2026

ISBN 978-950-02-1724-8

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
Buenos Aires,
en enero de 2026.

Tirada: 2.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Julio B. Mutti

La última guarida de Hitler / Julio B. Mutti. - 2a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.


376 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1724-8

1. Nazismo. 2. Historia. I. Título.

CDD 320.533

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



JULIO B. MUTTI

LA ÚLTIMA
GUARIDA DE
HITLER

Mito y realidad sobre la muerte
del Führer

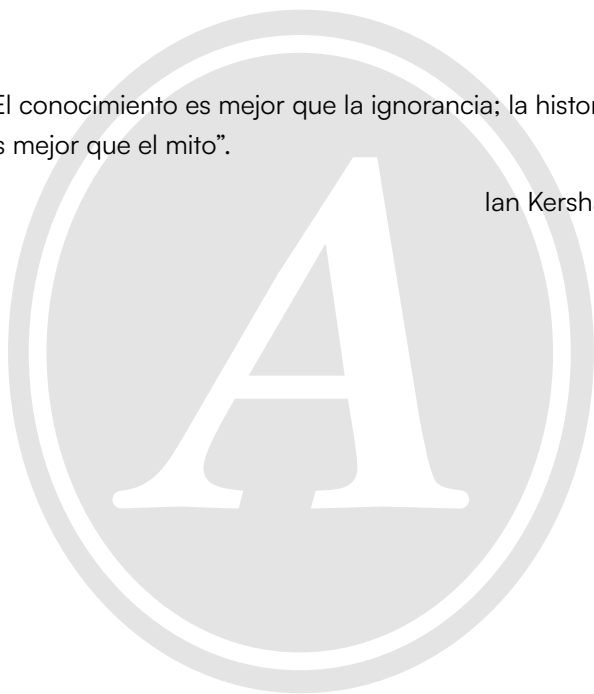
 *Editorial El Ateneo*

Al hombre alado que extraña la tierra.



“El conocimiento es mejor que la ignorancia; la historia es mejor que el mito”.

Ian Kershaw



ÍNDICE

13 INTRODUCCIÓN

- 13 El ocaso de los dioses
- 14 Fragmentos de un pasado ajeno al tiempo
- 17 El propósito de este libro
- 18 Bibliografía

19 CAPÍTULO I UN VUELO ÉPICO SOBRE BERLÍN EN LLAMAS

- 25 Bibliografía

26 CAPÍTULO II LA CORTE DE HITLER

- 29 Hermann Göring
- 32 Martin Bormann
- 35 Heinrich Himmler
- 40 Joseph Goebbels
- 43 Albert Speer: el mito del buen nazi
- 51 De genios a “traidores”
- 53 La tropa personal de Hitler
- 55 Bibliografía

56	CAPÍTULO III
	OBJETIVO BERLÍN
57	Situación del frente
59	Bibliografía
61	CAPÍTULO IV
	LA OPERACIÓN SUNRISE Y LA TECNOLOGÍA ALEMANA
67	La avanzada tecnología alemana
72	Bibliografía
74	CAPÍTULO V
	EN LAS PROFUNDIDADES DEL ABISMO...
80	El Führerbunker
84	La vida bajo tierra
92	Eva Braun, la inocente muchacha de Múnich
98	Bibliografía
99	CAPÍTULO VI
	MITO Y REALIDAD SOBRE LA SALUD DE HITLER
101	Karl Brandt, el cirujano de Hitler
104	El doctor Morell
107	La batalla de los médicos
113	Un supuesto doble para la huida
121	Bibliografía
123	CAPÍTULO VII
	EL CERCO DE BERLÍN Y EL ATAQUE FINAL
128	Bibliografía

129 CAPÍTULO VIII

LA MUERTE DE ROOSEVELT

134 Bibliografía

135 CAPÍTULO IX

**EL ÚLTIMO CUMPLEAÑOS DE HITLER
Y LA CUMBRE FINAL**

154 Bibliografía

155 CAPÍTULO X

OSCURAS NEGOCIACIONES EN UN SÓTANO

167 Bibliografía

168 CAPÍTULO XI

ACCESOS DE IRA Y UNA CONFERENCIA HISTÓRICA

184 Bibliografía

186 CAPÍTULO XII

¿LA CONFESIÓN?

204 Bibliografía

206 CAPÍTULO XIII

EL TELEGRAMA DE GÖRING

220 Bibliografía

222 CAPÍTULO XIV

UN TÚNEL SECRETO Y UN PILOTO PERTURBADO

225 Bibliografía

226 CAPÍTULO XV

EL CASO FEGELEIN Y LA GRAN TRAICIÓN

250 Bibliografía

252 CAPÍTULO XVI

EL MATRIMONIO Y LOS TESTAMENTOS

252 Finalmente, Eva Hitler

259 Legados político y privado

282 Bibliografía

284 CAPÍTULO XVII

LA MUERTE DE ADOLF HITLER

317 Bibliografía

321 CAPÍTULO XVIII

**LA MUERTE DE LOS GOEBBELS Y EL ESCAPE
DEL BÚNKER**

321 El último intento de capitulación condicional

325 Los Goebbels: el acto final

328 La huida

335 El origen del mito

349 Bibliografía

353 EPÍLOGO Y CONCLUSIONES

363 ANEXO. LA CARPETA DEL SMERSH

371 AGRADECIMIENTOS

372 MARCAS MENCIONADAS

373 SOBRE EL AUTOR

INTRODUCCIÓN

El ocaso de los dioses

Luego de dominar enormes extensiones de Europa, en 1943 comenzó la retirada de Alemania hacia sus fronteras. A principios de ese año, sufrió la tremenda derrota frente a Stalingrado, en el frente del este. Más tarde, cayó África y los occidentales desembarcaron en Italia. En junio de 1944, se produjo el desembarco de Normandía y, para agosto, París fue liberada. En diciembre de 1944, la última ofensiva alemana en las Ardenas entró en un punto muerto y el final se hizo evidente.

El 12 de enero de 1945, el 1.º Frente Ucraniano del mariscal Iván Kónev comenzó la ofensiva del Vístula. Nuevamente, el Reich se veía seriamente amenazado por dos frentes que se cernían sin piedad sobre territorio alemán.

A mediados de la tarde del lunes 15 de enero de 1945, y como consecuencia del gran avance enemigo, Hitler abandonó, para siempre, su cuartel de Adlerhorst. Regresó así a Berlín en su tren privado, señal de que sus esperanzas de revertir los acontecimientos en las

Ardenas estaban perdidas. Lo que él llamó la “batalla decisiva de la guerra” estaba terminada, y la Wehrmacht (Fuerzas Armadas alemanas), derrotada. Antes de partir, le confesó al coronel Nicolaus von Below, su edecán de la Luftwaffe (Fuerza Aérea alemana): “Sé que la guerra está perdida... La superioridad del enemigo es demasiado grande. (...) Jamás nos rendiremos, podemos caer, pero con nosotros caerá todo un mundo”.

Al día siguiente, Hitler y su séquito de colaboradores, enlaces, ayudantes y sirvientes se instalaron en la dañada pero aún imponente Cancillería del Reich. Ya nunca la abandonarían...

Fragmentos de un pasado ajeno al tiempo

La madrugada del martes 10 de julio de 1945, una llovizna persistente caía sobre la desolada avenida de Mayo. Era una noche típica de invierno en Buenos Aires: frío desapacible y humedad. Las nubes negras y bajas anunciaban oscuridad. El día anterior había sido feriado y la ciudad no quería despertar.

Pasadas las 6:00, Ladislao Szabó salió del subterráneo y caminó por las veredas vacías hasta el imponente edificio del diario *Crítica*. Cuando el periodista húngaro, radicado desde hacía varios años en la Argentina, entró en la redacción, el mundo sombrío de la calle cambió por completo. Una neblina blanca flotaba en el aire sobre una multitud de cabezas que iban y venían, salían de las oficinas y llevaban papeles de un lado para otro. Era el humo de cientos de cigarrillos que nublaba la vista. Los teléfonos repiqueteaban unos sobre otros y su sonido se mezclaba con el de las teclas de las máquinas de escribir a todo vapor.

Szabó atravesó el enorme mar de escritorios; el suyo estaba justo en el extremo opuesto al ascensor. Colgó el sobretodo y el sombrero de ala ancha, y dejó el maletín junto a la silla. Casi como un movimiento mecánico sacó una hoja en blanco de un cajón y la cargó en la máquina Remington, giró el rodillo y se dispuso a escribir. Pero pasaban los minutos y la página seguía en blanco. La guerra había terminado y, ahora, sus artículos se habían vuelto vacíos y forzados. Su imaginación estaba oscura como esa mañana de invierno, todavía en penumbra a pesar de que el reloj marcaba las 7:00.

De repente, el teléfono de baquelita negro sonó. Era el jefe de redacción.

—¡Oiga, Szabó! Es la United Press: informa que, en este momento, un submarino alemán intenta rendirse en Mar del Plata.

El húngaro permaneció callado. En realidad, no alcanzaba a procesar lo que acababan de decirle. ¿Un submarino nazi en Mar del Plata?

—¿Szabó, me escucha!?... —gritó el jefe, impaciente—. ¡Tome el automóvil y salga ahora mismo para allá!

Cinco minutos más tarde, Szabó bajaba por el ascensor.

El mismo editor había telefoneado a un corresponsal de medio tiempo que el diario de Natalio Botana tenía en Mar del Plata. Le ordenó que se colocara sobre la loma del campo de golf, desde la cual se dominaba toda la base naval. El hombre, provisto de un par de binoculares, pudo presenciar cómo, media hora más tarde, el submarino U-530, comandado por el teniente Wermuth, era interceptado por dos lanchas de la Armada argentina. Para ese momento, el casco oxidado del sumergible era claramente visible entre la bruma de una mañana que había empezado a clarear. Un rato más tarde, la nave entró lentamente en la rada y la tripulación comenzó a aparecer sobre la cubierta. El corresponsal tuvo la impresión de que algunos estaban

enfermos o heridos, pues debían ser ayudados por sus compañeros a salir del interior y aun a pasar a las lanchas. Observando más detenidamente, pudo comprobar que, en realidad, lo que ocurría era que estaban extenuados... Huellas de largas privaciones, posiblemente falta de alimentación, se veían impresas en sus rostros.

Szabó recorrió los 400 kilómetros hasta Mar del Plata como un rayo. Por la tarde estaba frente a la base, en la misma loma del campo de golf, observando con sus propios ojos el U-530. Una multitud de curiosos se agolpaba frente a la entrada de la base. Cuando el periodista húngaro intentó ingresar para hacer preguntas, un suboficial malhumorado lo despidió de inmediato. Así que apenas debió contentarse con los rumores que hablaban de desembarcos al amparo de la noche y de otros submarinos ocultos bajo el agua no muy lejos de allí.

Pero Szabó no era de los que se daban fácilmente por vencidos. Un par de días más tarde, logró que el jefe de la base le permitiera ver y fotografiar el U-530 desde escasos metros. Las imágenes y las crónicas fantásticas que Szabó enviaba a Buenos Aires comenzaron a despertar gran interés entre los lectores de *Crítica*: submarinos fantasma, jefarcas desembarcados por las noches, oro nazi y otras historias.

Una tarde, cuando la vigilancia de los marinos argentinos empezó a relajarse, Szabó se coló entre los alambrados y logró hablar en su español enrevesado con uno de los tripulantes, que solo dominaba el alemán. Ese pequeño intercambio y el éxito de sus notas dispararon su imaginación como un cohete hacia la estratósfera.

El 16 de julio, seis días después de la llegada del submarino, Szabó publicó un larguísimo artículo: "Pueden haber construido los nazis un nuevo Berchtesgaden en la región polar antártica". Iba acompañado de un mapa que mostraba Sudamérica y una ruta marítima hacia el continente blanco.

Dos años más tarde, ese artículo se convirtió en la base de un libro que se llamó *Hitler está vivo*, en el que Szabó intentaba poner un marco teórico y un poco de orden a sus teorías extravagantes. La prensa amarillista internacional se hizo eco de la noticia. Heinz Schäffer, comandante del U-977, el segundo submarino alemán rendido en Mar del Plata el 17 de agosto de 1945, mientras caminaba por las calles de Düsseldorf, ya en libertad, quedó estupefacto al ver un periódico que decía: “¡Hitler vive! Se fugó a la Argentina”. Debió sentarse en un bar a leer las noticias del libro de Szabó. Esa tarde, decidió escribir sus memorias.

Szabó fue un pionero y un visionario. Jamás imaginó que sería el fundador de una saga interminable de libros y autores que ochenta años después sigue rindiendo culto a su obra, una confusa combinación entre ficción y datos objetivos que trascendió las fronteras del país y echó raíces en todo el mundo. Las diferencias que puede haber entre el pionero y sus seguidores son apenas de forma.

El propósito de este libro

A principios de los años noventa, cuando conocí por primera vez el trabajo de Szabó y de otros autores que vinieron después, quedé atrapado de inmediato. Pasé días enteros imaginando al tirano más importante de la historia viviendo en el sur de mi país, luego de haber burlado al mundo entero y cruzado el océano en una aventura de proporciones épicas. Tomé mi mochila y me fui al sur a recorrer todos esos lugares envueltos en la bruma del enigma y los entresijos de la incógnita. No podía ser de otra manera, porque no existe nada más emocionante y estremecedor que los misterios y las leyendas.

Todavía me capturan. Sin embargo, ¿hay misterio en lo que no es cierto? No, no lo creo. Pero ¿qué es cierto y qué no en torno a la muerte de Hitler? ¿Qué es mito y qué es verdad?

Hace ochenta años, durante los confusos días finales de la Segunda Guerra Mundial, el mundo entero contuvo la respiración y el tiempo pareció detenerse. Con Berlín rodeada y todo estallando por los aires, ¿dónde estaba Hitler? ¿Se encontraba en la capital o en su reducto alpino? ¿Había podido salir en el último momento?

El propósito de este trabajo es reconstruir los hechos acontecidos en el búnker de la Cancillería de Berlín hora por hora, traer a la superficie a cada personaje allí presente y establecer una línea bien clara entre la leyenda y la historia. Porque el conocimiento es mejor que la ignorancia y la historia siempre es mejor que el mito.

JULIO B. MUTTI,
agosto de 2024

Bibliografía

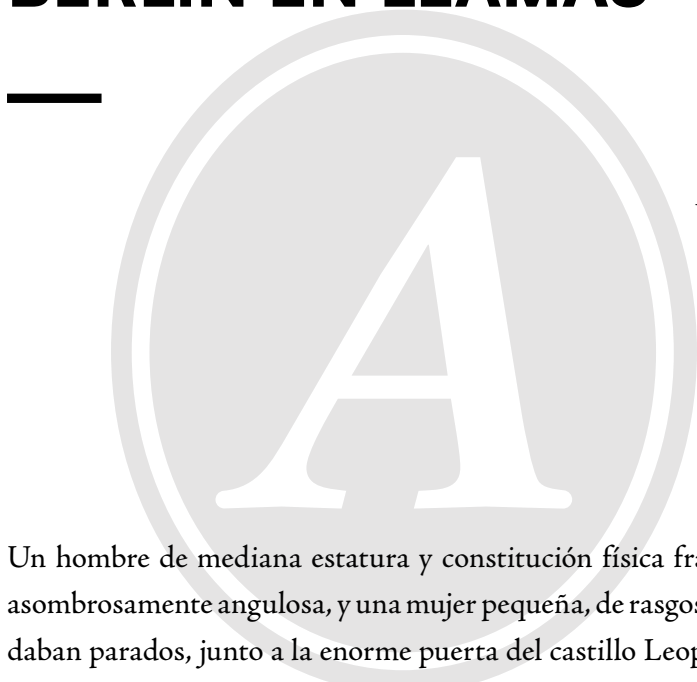
BELOW, Nicolaus von. (1980). *Als Hitlers Adjutant 1937-1945*. Mainz: Verlag Hase & Köhler, p. 398.

DIARIO CRÍTICA. Ediciones del 10 de julio al 21 de agosto de 1945.

SZABÓ, Ladislao. (1947). *Hitler está vivo. El nuevo Berchtesgaden en el Antártico*. Buenos Aires: El Tábano.

CAPÍTULO I

UN VUELO ÉPICO SOBRE BERLÍN EN LLAMAS



Abril de 1945

Un hombre de mediana estatura y constitución física frágil, con cara asombrosamente angulosa, y una mujer pequeña, de rasgos finos, aguardaban parados, junto a la enorme puerta del castillo Leopoldskron, en Salzburgo, donde había sido evacuada su familia. Miraban perdidamente hacia el lago, sobre el que flotaba la niebla iluminada por la luz de la luna de la medianoche, que le daba un aspecto plateado.

Hanna Reitsch salió del castillo con los ojos húmedos. Acababa de despedirse de su hermana y sus sobrinos. Sin decir una sola palabra, sus padres la abrazaron por un largo rato. Estaban convencidos de que ya no volverían a verla. El teniente general von Greim había hablado

con ellos y les había advertido de los peligros que estaba a punto de enfrentar su hija. De todas formas, no dudaron en dar su aprobación.

La aviadora subió al automóvil que la aguardaba y miró por última vez hacia atrás. Los padres seguían allí de pie, mudos, inmóviles.

El coche se dirigió por caminos oscuros y desiertos al aeródromo de Neubiberg, muy cerca de Múnich. Le tomó alrededor de dos horas cubrir los 130 kilómetros. El general von Greim aguardaba de pie, fumando, junto a un bimotor Junkers Ju-88 que se preparaba para despegar.

El oficial saludó con una sonrisa cariñosa a Hanna y le dijo con voz grave:

El Führer me ha convocado a la Cancillería de manera urgente. Solo usted conoce bien la capital desde el aire como para orientarse entre la oscuridad y el humo. Podemos hacer el trayecto final hasta el centro de Berlín en el prototipo de helicóptero que se encuentra en Rechlin.

A las 2:30 de la madrugada del 26 de abril de 1945, solo seis días antes de la rendición de la capital alemana ante los soviéticos, el Ju-88 despegó hacia Berlín. Tenía piloto propio. Hanna se quedó parada en su angosto fuselaje, observando el cielo lleno de estrellas, extrañamente calmo, sin aviones enemigos que dominaran el espacio aéreo alemán. Alrededor de las 4:00 llegaron al gran aeródromo de Rechlin, donde se hallaba la sede de la Jefatura Norte de la Luftwaffe, casi 100 kilómetros al norte de la capital. El humo y el olor a combustible quemado flotaban en el ambiente. El prototipo de helicóptero ardía en uno de los galpones. De los aeródromos berlineses, solamente el de Gatow se encontraba todavía en poder alemán, pero cercado por los rusos y

bajo su permanente ataque. Nadie sabía si aún sería posible aterrizar allí por los innumerables pozos que debían de haber ocasionado los bombardeos.

Alguien sugirió utilizar un Fw 190, un avión de caza de una plaza, cuya baulera fue transformada rápidamente en un segundo asiento. Era la máquina más veloz disponible, con la que Albert Speer, el ministro de Armamento y Producción del Tercer Reich, había volado a Berlín dos días antes. El piloto Bosser, primer sargento, que había hecho ese trayecto innumerables veces, poseía excelentes conocimientos y mucha experiencia respecto de las tácticas rusas y estaba al tanto de los puestos de artillería antiaérea. Lo más prudente era que él piloteara la máquina hasta Gatow, por lo que Greim ordenó a Reitsch que se quedara en Rechlin; él se las arreglaría para hacer el último trayecto de 18 kilómetros entre Gatow y la Cancillería, el más peligroso.

Pero Hanna no iba a darse por vencida tan fácilmente. Aprovechó un descuido del general e hizo que el piloto literalmente la enhebrara en el fuselaje del caza, donde quedó completamente a oscuras y apenas pudiendo moverse entre los travesaños de hierro que formaban el esqueleto del aparato. Pensamientos y fantasías recorrieron su mente como en un caleidoscopio. Un pavoroso miedo la invadió de repente, pero decidió no rendirse. Poco después llegó von Greim y subió a la máquina. Recién cuando estuvieron listos para despegar, Hanna lo llamó desde su escondite. Por un momento, todo permaneció en silencio. Después, el oficial preguntó, perplejo: “Capitana, ¿dónde diablos está usted?”.

Si todo iba bien, en más o menos treinta minutos debían llegar a Gatow. Pero los cazas rusos controlaban los cielos. Despegaron con una escolta alrededor de treinta aviones, algo increíble para un momento de tanta debilidad de la Luftwaffe, aunque poco podían hacer

contra cientos de cazas aliados. Hanna miraba ansiosa el segundero de su reloj, que brillaba en la oscuridad; parecía detenido. Para su sorpresa, hasta poco antes de llegar a Berlín todo estuvo tranquilo. Sin embargo, de repente, el piloto puso la máquina boca abajo de manera casi perpendicular al suelo y se lanzó con un terrible rugido hacia este. En ese instante, la excitación y el terror de la aviadora fueron más grandes que los dolores físicos que le provocaba caer con la cabeza hacia abajo. Supuso que la máquina había sido alcanzada por el fuego antiaéreo y esperó que se estrellara. Pero la abrupta maniobra le permitió al piloto escapar de los cazas soviéticos. Al bajar hasta estar a pocos metros del piso, enderezó el avión antes de estrellarse. Poco después, aterrizaron en Gatow.

En el pequeño aeródromo reinaba la confusión. De inmediato, se dirigieron al refugio a prueba de bombas. Von Greim tomó contacto telefónico con la Cancillería y, con repetidas interrupciones, el coronel von Below, edecán de Adolf Hitler, le dijo que el Führer quería hablar urgentemente con él, sin darle motivos ni detalles. Además, agregó que todas las entradas a la ciudad se encontraban en manos soviéticas, al igual que, dentro de la ciudad, la Anhalter Bahnhof (estación ferroviaria de Anhalt) y las avenidas Bülow y Potsdamer Strasse.

Llegar a la Cancillería en estas circunstancias parecía un acto suicida. Sin embargo, el oficial se sentía obligado a cumplir la orden del Führer. La única opción era arriesgarse a utilizar una avioneta Fieseler Storch y aterrizar frente a la Puerta de Brandeburgo. Alistaron uno de esos aparatos sobre la pista y casi de inmediato la artillería rusa comenzó a disparar. Todos se lanzaron al suelo. Cuando Hanna dio media vuelta, vio que la pequeña avioneta estaba en llamas. Recién a las 6 de la tarde, una segunda Storch, la única restante, fue puesta en condiciones de volar.

Von Greim tomó los controles y Reitsch se acomodó como pudo detrás del asiento del piloto. Despegaron en dirección este y volaron lo más bajo posible; rozaron las copas de algunos árboles y pronto estuvieron sobre las brillantes aguas del río Havel, al que los últimos destellos del sol poniente hacían parecer un espejo dorado. Poco después, llegaron al Grunewald y volvieron a zumbiar sobre los árboles más altos. La tensión y el miedo en la cabina eran tales que apenas cruzaban palabra. Arriba de ellos, varios cazas rusos pasaban rugiendo sin prestar atención a la pequeña avioneta que intentaba confundirse con el paisaje. Pero pronto estalló la tormenta: infernales detonaciones de granadas antiaéreas y fusiles, desde abajo, desde los árboles, desde las sombras, comenzaron a iluminarlo todo. Soldados y vehículos blindados aparecieron por todos lados.

Hanna miró aterrorizada hacia abajo y vio con claridad las caras de los soldados rusos y cómo apuntaban los fusiles, las ametralladoras y los cañones de sus tanques. Tiraban con todo lo que tenían a mano.

Las explosiones de las granadas antiaéreas envolvieron al aparato en una bruma oscura y llenaron la cabina de olor a pólvora y azufre.

De repente, un estallido ensordecedor los dejó aturdidos. Una llamarada blancoamarillenta iluminó la cabina y al mismo tiempo von Greim gritó a viva voz: “¡Estoy herido!”. Una granada le había destrozado el pie derecho. Al ver que el piloto se desvanecía, la aviadora pasó sus brazos por encima de su hombro izquierdo para tomar el bastón de mando y el acelerador; con rápidos movimientos trató de esquivar el fuego enemigo, llevando la máquina de un lado al otro. Afuera, seguían explotando las granadas y las balas, a veces tan cerca y fuerte que apenas se podía escuchar el ruido del propio motor. Los proyectiles de fusil atravesaban las alas y, cada tanto, alguno pasaba silbando por la cabina, haciendo estallar los cristales. Mientras intentaba controlar el aparato,

Hanna advirtió con horror que fluía gasolina de ambos tanques. En cualquier momento iba a producirse una explosión.

Pero la Storch era un hueso duro de roer. Seguía respondiendo a los controles. Por momentos, Greim volvía en sí, pero enseguida se desmayaba nuevamente. Parecía hallarse en grave estado.

Entre el humo y las detonaciones, Hanna recordó sus vuelos de entrenamiento. Con dificultad, divisó la gran torre de radio Funkturm. El polvo y el olor a humo aumentaban, pero los disparos enemigos disminuían. Evidentemente, habían llegado a la zona todavía ocupada por tropas alemanas. Bastaba con mantener la brújula en dirección a la torre que conocía de memoria, con la avenida Ost-West-Achse a la izquierda. La visibilidad era cada vez más escasa. Cualquier otro piloto sin experiencia podría haberse extraviado durante este último trayecto.

Cuando divisó la torre del búnker del Zoo y la Columna de la Victoria, supo que estaba sobre el Eje Este-Oeste; si hubiera tenido que buscarlo, habría estado en problemas. Bajó el comando, cortó los gases y la noble Storch se posó a metros de la Puerta de Brandeburgo levantando una gran polvareda. No tenía una gota de combustible en sus tanques agujereados.

Pero el horror de la joven aviadora no desapareció. La visión de una ciudad muerta la estremeció hasta los huesos. Árboles arrancados, ramas y restos se confundían en grandes montones y transmitían un espantoso pavor. Toda la vida estaba enterrada bajo escombros humeantes.

Greim recobró el conocimiento y, con gran esfuerzo, ambos lograron bajar del aparato. El tiempo parecía no avanzar y comenzaron a sentir temor de caer en manos rusas. Estruendos ocasionales aquí o allá daban certeza de que el mundo todavía existía. Finalmente,

mientras esperaban sentados en los escombros, sucios y manchados de sangre, por casualidad, apareció un camión alemán al que se subieron. Pasaron por la Puerta de Brandeburgo, tomaron la avenida Unter den Linden, luego la calle Wilhelmstrasse y giraron finalmente en la Vossstrasse. Lo que vieron en el trayecto fue aún peor, y Hanna no podía dejar de pensar en el increíble contraste respecto de las épocas pasadas; nada había quedado en pie, solo cenizas, escombros y cuerpos putrefactos.

Bibliografía

REITSCH, Hanna. (2008). *Volar fue mi vida*, Buenos Aires: Ediciones Niseos, pp. 233-238.